RAFAEL ALBERTI

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

Director General de Difusión Cultural:
Diego Valadés
Departamento de Grabaciones:
Marisa Magallón

PRESENTACIÓN

por Luis Rius

Muchos son los libros de Rafael Alberti que no están presentes en esta selección de poemas hecha por el propio autor. El poeta hubo de ceñirse, por imperativo del tiempo que un disco ocupa, a decir los poemas que seguramente prefiere hoy (ayer, mañana, quizá hubieran sido, serían otras las antologías), y que siendo, como son, algunos de los más representativos de su obra, no pueden evitar que el lector eche de menos otros tan excelentes como ellos de *Cal y canto*, *Entre el clavel y la espada*, *Ora marítima*, *Roma, peligro para caminantes*, etc. Era irremediable. La obra de Rafael Alberti es tan extensa como intensa. De ahí que su nombre, por esa formidable razón, se asocie frecuentemente al de Picasso; éste en la pintura, aquél en la poesía son cumbres contemporáneas de extensión y de intensidad creadoras.

Dicha extensión, más todavía que en la fecundidad, es perceptible en la variedad de temas, formas, estilos y tonos poéticos que constituyen la obra de Rafael Alberti. Ésta se nos ofrece en una constante conjunción de búsquedas y encuentros, donde la insatisfacción continua a cada logro expresivo lleva al poeta a intentar con otro acento una expresión más permanente. Así, una y otra vez, deja el poeta un tono para fatalmente volver a él más tarde; una y otra vez intenta esta o aquella forma heredada; una y otra vez inventa un sorprendente cauce de expresión. De ese vitalismo, de esa nerviosa agilidad depende en buena medida que los lectores sintamos una inalterada juventud en la palabra de Rafael Alberti, lo mismo en la primera de *Marinero en tierra* que en la de hoy, cuando el poeta tiene 73 años de edad.

Ya en aquel primer libro, compuesto a sus 21 años, todo lo que Alberti tomaba de la tradición poética española: algo del aun reciente y ya agonizante modernismo, no poco de Góngora (que en *Cal y canto* sería su norma poética predominante) y mucho del *Cancionero* popular medieval y renacentista, cobraba nueva realidad en su voz auténtica legitimidad. Juan Ramón Jiménez lo señalaba sin dudarlo en la carta que le escribió por entonces al joven poeta: "La retama siempre verde de la virtud es suya. Con ella, en grácil golpe, ha hecho usted saltar otra vez de la nada plena el chorro feliz y verdadero. Poesía 'popular', pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española, pero sin retorno innecesario: nueva, fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, para adelante, andalucísima."

La legitimidad de una herencia poética aceptada implica la existencia de una "personalísima intuición, propia a más no poder, que es el origen y el fin de cada poema. Con esta fuerza personal, perfectamente individualizada, nace Alberti desde su primer libro, y con una rara maestría también. Aquella concisión característica de la canción tradicional, amalgamada paradójicamente a la reiteración (brevedad extrema y, dentro de ella, repeticiones de palabras, de versos enteros, que preñan de evocaciones, de alusiones y elusiones múltiples a la expresión) la logra Alberti de manera tan admirable como Gil Vicente y Lope de Vega. Muchas veces, en efecto, las canciones de Alberti están fundadas en una idea casi inexistente, no se apoyan prácticamente en ningún otro elemento que no sea el lenguaje mismo; pero éste, en trance tal de movimiento, de compás, de acento, que a sí mismo se basta para erigirse en una realidad poética definitiva como ésta:

> Por amiga, por amiga.
> Sólo por amiga.
> Por amante, por querida.
> Sólo por querida.
>
> Por esposa, no.
> Sólo por amiga.

Y tan magistral se afirma ya el primer Alberti cuando, junto a esas canciones rápidas y breves de *Marinero en tierra* y *La amante*, compone otras en *El alba del alhelí*, que se detienen a contar una anécdota hasta cierto punto pormenorizada.

Sería difícil tratar de decir de qué depende esa ininterrumpida, inagotable frescura de la poesía suya; pero ésta es evidente, la percibimos siempre. Quizá estribe en buena medida en una habilidad formal complicada y espontánea a un tiempo, que sentimos por igual buscada y presentida por el poeta, y que al ofrecérsenos en ese punto de confluencia exacta nos conmueve siempre, infundiéndonos una especie de alegría en el espíritu como muy pocos poetas más nos dan. Pero más que de lo anterior, esa luz de la poesía de Alberti quizá proceda de la vigencia del trasmundo infantil que en el poeta gaditano existe, sólo comparable, entre sus contemporáneos, al espléndido trasmundo infantil que García Lorca tuvo. La infancia está presente de varias maneras no sólo en esta primera, sino en toda la poesía de Alberti; pero sobre todo está presente por la peculiar índole que la comunicación buscada por los niños posee, la cual al aproximarse a un juego espontáneo y libérrimo de la imaginación, resulta subyugante para el poeta, ávido siempre de asombro y libertad para asociar ideas y objetos lejanos y lógicamente inhermanables.

Probablemente en todo poeta, en todo artista, se da el caso de una supervivencia de su mundo e imaginación infantiles mayor que en el resto de los hombres. Pero en Alberti, como en García Lorca, este caso es excepcionalmente notable. Las siguientes palabras que Jorge Guillén escribe a propósito de éste son válidas para aquél: "Hondo, el caudal. Dentro del hombre latía su infancia. Federico nunca fue un mozalbete sin fundamento; se lo impedía ya aquel fondo de niño. Nada más contrario a la "puerilidad" —verdadera, pura, grave— que la frivolidad de que adolecen tantos adultos, tengan o no el ceño vanamente severo que censuró fray Luis. La infancia, libre, sin vínculos útiles, sin metas interesadas, retozando, triscando, derrocha espíritu: juega. Federico guardaba una agilísima facultad de juego. procedente de aquel abril propicio al canto (...) Porque la niñez no es el *vert paradis* que para siempre se perdió, inaccesible confín de nostalgia ante un Baudelaire, desterrado de la primera felicidad. No es una felicidad con telón de sierra granadina la que Federico ha de resucitar; dentro del hombre perdura como pasado vivo. El hombre puede preservar aquellas calidades, y su mundo más valioso se enriquecerá con las irisaciones y los encantos que suscite una magia de niño creador. Entre los dos o tres años y los seis o siete somos poetas (...) Lo primordial no es la niñez como tema sino como actitud. ¿Una naranja y un limón? Vamos a jugar con esos dos frutos, a relacionarlos con otros seres: la niña, el sol, el agua.

Naranja y limón.
¡Ay la niña
del mal amor!

Limón y naranja.
¡Ay de la niña,
de la niña blanca!

Limón.
(Cómo brillaba
el sol.)

Naranja.
(En las chinas
del agua.)

"El niño que existe en el poeta —y los dos son uno— está disponiendo esas palabras en combinaciones caprichosas —hasta cierto punto, porque forman sentido— como si estuviese jugando en una playa con piedras y conchas. Así jugaba Federico, entre su imaginación y sus manos, con el mundo."

La maestría técnica de Alberti, siendo mayor que la de todos sus contemporáneos, ha de explicarse en función de un interés profundo a este respecto común a todos ellos, y no sólo verse como el resultado de un don congénito y cultivado personal suyo. Aquella generación del 27 probablemente no derivó de su pasión por Góngora tal interés técnico, sino que fue éste interés el que les llevó a amar y estudiar a Góngora. Por aquellos años de juventud, la poesía gongorina cifraba muy bien, para la generación del 27, su ideal de perfección técnica y su aspiración a una materia y un lenguaje poéticos autónomos.

Con muchos de su generación compartió también Alberti, inmediatamente después de satisfecho su fervor gongorino en el libro *Cal y canto,* la experiencia superrealista, a la que debe Alberti uno de sus libros fundamentales, *Sobre los ángeles,* publicado en 1929. Y más que ninguno de sus compañeros, Alberti, a partir de ese año, busca el camino de la poesía social y política, que responde con

absoluta coherencia a su participación activa en la lucha revolucionaria de su pueblo que hasta hoy sigue manteniendo. La importancia que el poeta concede a esta voz comprometida suya dentro de su obra parece evidente si nos atenemos a la selección de poemas hechas por él para este disco de "Voz Viva de México", ya que una cara entera del mismo la ocupan poemas de ese tipo.

En los muchos libros que Alberti ha venido publicando desde 1939, ya en el destierro, todos esos temas, formas y tonos poéticos acusados en su juventud reaparecen sin excepción. No parece sentirlos excluyentes unos de otros, sino válidos todos como elementos imprescindibles de su verdadera y única voz. Dicha totalidad temática, formal, tonal, aparece ejercida desde su primer gran libro publicado en el exilio, en aquel *Entre el clavel y la espada* En el poema que le sirve de prólogo, sin que ello de ninguna manera implique renuncia por su parte a la literatura de urgencia, combativa, a la poesía-arma de lucha, anuncia su reencuentro con la palabra de soledad:

Después de este desorden impuesto, de esta prisa,
de esta urgente gramática necesaria en que vivo,
vuelve a mí toda virgen la palabra precisa,
virgen el verbo exacto con el justo adjetivo.

Que cuando califique de verde al monte, al prado,
repitiéndole al cielo su azul como a la mar,
mi corazón se sienta recién inaugurado
y mi lengua el inédito asombro de crear.

Entre el clavel y la espada es, a un mismo tiempo, libro de ocaso y de aurora. Él pone fin a la mocedad de Alberti e inicia su ciclo de madurez, más todavía que cronológica, expresiva. El advenimiento de un nuevo ciclo vital se manifiesta con la intuición de un primer nacimiento. Interiormente, al poeta se le revela su principio y su paulatino desarrollo carnal y anímico con portentosa evidencia. Hombre maduro ya, Alberti reproduce, recrea o inventa el comienzo mismo de su ser vinculándolo con su presente pasión de amor —el ser urgido de otro ser—, pasión exaltadamente erótica, de una madurez recién inaugurada, ávida de entrega a la vida después de haber vivido trances prolongados de entrega a la muerte, a la destrucción, al miedo y a la guerra. Todo ello en la parte del libro intitulada "Sonetos corporales". La parte llamada "Metamorfosis del clavel" consta de poemas donde la fuerza, la tensión, la ternura de dicho erotismo se vale para expresarse de símbolos animales: el gallo, el toro, el caballo, la paloma; vegetales: el clavel, la yerba, el lirio, y aun de otros varios obtenidos del mundo natural: el río, las conchas. El ritmo, la forma de canciones tradicionales que tienen esos poemas dotan al tema de una doble fuerza, ofreciéndolo a la sensibilidad del lector como más inmediato y urgente. No restan de ninguna manera inmediatez y frescura las evocaciones clásicas, mitológicas, de las que en ocasiones se vale el poeta, para producir una imagen visual de extraordinaria belleza. Por el contrario, popularismo, cultismo, mito conjugados rápida, súbitamente en la canción erótica, enriquecen de poder expresivo a la vivencia apasionada, exaltamente sensual, de Rafael Alberti. Como ejemplo de este tipo de construcción, vale recordar este breve poema donde queda aludido el mito de Júpiter, transformado en toro, que rapta a la hija del rey fenicio:

Mamaba el toro, mamaba
la leche de la serrana.

Al toro se le ponían
ojos de muchacha.

Ya que eres toro, mi hijo,
dame una cornada.

Verás que tengo otro toro
entre las entrañas.

(La madre se volvió yerba,
y el toro, toro de agua.)

En estos poemas, merced a los símbolos animales y del mundo natural, queda formidablemente sugerida esa condición elemental, anterior a cualquier concepto de culpa o pecado, esa condición primaria de asombro, fuerza y encuentro de hermosuras que el tacto amoroso es:

Al alba, se asombró el gallo.

El eco le devolvía
voz de muchacho.

Se halló signos varoniles,
el gallo.

Se asombró el gallo.

Ojos de amor y pelea,
saltó a un naranjo.
Del naranjo, a un limonar;
de los limones, a un patio;
del patio, saltó a una alcoba,
el gallo.

La mujer que allí dormía
lo abrazó.

Se asombró el gallo.

Dentro de formas que van de lo popular a lo culto, del verso rigurosamente ceñido al pulso de los tercetos y cuartetos hasta el verso libre, poemas de evocación antigua: del *Cancionero*, del *Poema del Cid*, armonizados con poemas de audacia metafórica y construcción vanguardistas, en este libro Alberti reinaugura su primer tema de *Marinero en tierra*, el del destierro, tema que ahora tiene una mayor realidad amarga. Y con este tema, que inicia en este libro, irá formando a través de otros muchos libros posteriores, hasta hoy mismo, uno de los testimonios líricos más admirables que puedan encontrarse en cualquier tiempo y en cualquier literatura referente a la nostalgia de la tierra y del mar perdidos, a la soledad afincada en nuevas tierras y nuevos mares, a la memoria doliente de la lucha cruel y de la derrota, a la esperanza del retorno, que apenas se atreve, tímida, a asomar entre verdadera y violentada.

Al brillo, a la perfección, a la maravilla de la gracia que, desde su mismo nacimiento, tuvo siempre la poesía de Rafael Alberti, se añade con la escrita por él en el exilio un trasfondo de gravedad humana, un son profundo, que dota de una dimensión definitivamente mayor a su obra.

Es precisamente con la palabra gracia, tan a flor de labios de todos los críticos y comentadores de la obra de Alberti, con la que el poeta parece querer designar, más que con ninguna otra, el valor fundamental que ha de estar en la esencia misma del poema verdadero. Dicha palabra es la más recurrente de los "Cármenes" de su libro *Pleamar*, aforismos y sentencias que contienen sus reflexiones acerca de la esencia de la lírica. En alguno de estos "Cármenes" la palabra "gracia" como sinónimo estricto de la palabra "poesía" queda anotado expresamente; dice así:

Creyeron que con armas
unos tristes disparos, una aurora,
iban —¡Oh Poesía, Oh Gracia!— a asesinarte.

Esa palabra predilecta de Alberti aparece también con frecuencia cuando, precisamente, se trata de ponderar el mérito o valor de alguna manifestación de arte. Así la encontramos, entre otros, en el poema dedicado a la bailaora Micaela Flores Amaya, "La Chunga", que comienza:

El primor,
la gracia de los primores
como una brisa quebrada
contra el junco de una flor
o un relámpago de flores.
Alada brisa salada.

El supuesto albertiano de la gracia como componente primordial del ser del poema parece reforzarse cuando nos encontramos que en su libro *A la pintura* sólo un poema de los numerosos que lo forman constituye un canto a un atributo esencial de ese arte. Todos los demás cantan a determinados pintores, a los utensilios de que éstos se valen, a los recursos técnicos, a cada uno de los colores de la paleta; el poeta loa a la mano, a la línea, al pincel, al rojo, al azul, al lienzo, a la proporción, a la perspectiva, a la acuarela, etc.; y sólo en un caso lo hace, no a un recurso, no a un instrumento, sino a un valor, que por aislarse único en el libro hemos de suponer que se trata del valor por excelencia que el poeta le atribuye a la pintura. Y el nombre que Alberti da a ese valor es, de nueva cuenta, la "gracia". De manera que, al coincidir tal denominación aplicada, por lo menos, a la esencia misma del arte de la poesía, a la de la danza y a la de la pintura, no parece excesivo suponer que Alberti ve en la "gracia" la esencia de todo arte, la realidad última de cualquier obra de arte.

Para tratar de acercarnos al significado de tal palabra clave en Alberti recordemos ese soneto suyo del libro *A la pintura*, pues no ha escrito hasta hoy un texto más amplio que trate de desentrañarnos su sentido:

A la gracia

A ti, divina, corporal, preciosa,
por quien el aura imperceptible orea
el suspendido seno que recrea
la perfección tranquila de la rosa.

A ti, huidiza, resbalada, airosa
caricia virginal, sal que aletea
y ante la mano en vuelo delinea
tu fugitiva, rubia espalda, diosa.

A ti, fino relámpago, destello,
sonrisa más delgada que el cabello,
burladora, inefable travesura.

La gracia de tu gracia es resistirte,
correr, volar, asirte y desasirte.
A ti, yo no sé qué de la pintura.

Las significaciones de la mayoría de las palabras del soneto: imperceptible, huidiza, resbalada, airosa, fugitiva, relámpago, destello, burladora, inefable, correr, volar, asirte, desasirte, convergen en una sensación de volatización de la materia:

No digo que la Gracia
rehúya el barrizal, los basureros,
las escorias y nieblas necesarios...
—Sí, pero para verla
surgir más Gracia pura todavía.

Y convergen también en una sensación de súbita ruptura de lo estático:

Yace la Gracia... ¡No!
la Gracia nunca yace.

Muy próximo se halla este concepto de la Gracia, de la poesía, al de Gustavo Adolfo Bécquer, cuando de las dos clases de poesía que él concebía exaltaba como superior aquella "que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye". Muy próximo está también este concepto albertiano al de poesía "abierta" de Juan Ramón Jiménez, tan estéticamente superior al de poesía "cerrada", según la nomenclatura del poeta de Moguer.

Pensando ya exclusivamente en la poesía, Alberti en sus aforismos de variados modos insistirá en esa peculiar índole de la mejor lírica:

La Gracia, como pájaro de rápida salida
de tan confusas brozas y malezas.

¿Es una palabra, un verso o una estrofa quizá, tal vez un quiebro del ritmo, lo que viene a salvar al poema, a ponerle alas y a convertir la pesantez de la materia con que el poeta trabaja en precioso aire? Lo cierto —parece querer decirnos Alberti— es que sólo los verdaderamente grandes poetas han podido serlo merced a que ella se les ha dado:

La Gracia, la graciosa
Gracia alada, desnuda, imperceptible,
fugaz, tan dable a pocos.

Y la obra de Rafael Alberti es una de las comprobaciones más ciertas de cómo la gracia se ha entregado a un poeta.

POEMAS *de Rafael Alberti*

CARA 1
Duración:
21' 35"

MARINERO EN TIERRA

(1924)

1

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!
¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?
¿Por qué me desenterraste
del mar?
En sueños, la marejada
me tira del corazón.
Se lo quisiera llevar.
Padre, ¿por qué me trajiste
acá?

4

Branquias quisiera tener,
porque me quiero casar.
Mi novia vive en el mar
y nunca la puedo ver.
Madruguera, plantadora,
allá en los valles salinos.
¡Novia mía, labradora
de los huertos submarinos!
¡Yo nunca te podré ver
jardinera en tus jardines
albos del amanecer!

6

¡Qué altos
los balcones de mi casa!
Pero no se ve la mar.
¡Qué bajos!
Sube, sube, balcón mío,
trepa el aire, sin parar:
sé terraza de la mar,
sé torreón de navío.
—¿De quién será la bandera
de esa torre de vigía?
—¡Marineros, es la mía!

SI GARCILASO VOLVIERA

Si Garcilaso volviera,
yo sería su escudero;
que buen caballero era.

Mi traje de marinero
se trocaría en guerrera
ante el brillar de su acero;
que buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero,
al borde de su estribera!
En la mano, mi sombrero;
que buen caballero era.

ILUSIÓN

¡Traje mío, traje mío,
nunca te podré vestir,
que al mar no me dejan ir!

Nunca me verás, ciudad,
con mi traje marinero.
Guardado está en el ropero,
ni me lo dejan probar.

Mi madre me lo ha encerrado,
para que no vaya al mar.

¡QUIÉN CABALGARA EL CABALLO!

¡Quién cabalgara el caballo
de espuma azul de la mar!

De un salto,
¡Quién cabalgara la mar!

¡Viento, arráncame la ropa!
¡Tírala, viento, a la mar!

De un salto,
quiero cabalgar la mar.

¡Amárrame a tus cabellos,
crin de los vientos del mar!

De un salto,
quiero ganarme la mar.

SI MI VOZ MURIERA EN TIERRA

Si mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.

Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel de guerra.

¡Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera:
sobre el corazón un ancla
y sobre el ancla una estrella
y sobre la estrella el viento
y sobre el viento la vela!

SOBRE LOS ÁNGELES

(1927-1928)

...huésped de las nieblas...
C. A. BÉCQUER

EL ÁNGEL DE LOS NÚMEROS

Vírgenes con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.
Y el ángel de los números,
pensativo, volando
del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.
Tizas frías y esponjas
rayaban y borraban
la luz de los espacios.
Ni sol, luna, ni estrellas,
ni el repentino verde
del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.
Vírgenes sin escuadras,
sin compases, llorando.
Y en las puertas pizarras,
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4...

EL ÁNGEL RABIOSO

Son puertas de sangre,
milenios de odios,
lluvias de rencores, mares.

¿Qué te hice, dime
para que los saltes?
¿Para que con tu agrio aliento
me incendies todos mis ángeles?

Hachas y relámpagos
de poco me valen.
Noches armadas, ni vientos
leales.

Rompes y me asaltas.
Cautivo me traes
a tu luz, que no es la mía,
para tornearme.

A tu luz agria, tan agria,
que no muerde nadie.

HUÉSPED DE LAS NIEBLAS

LOS DOS ÁNGELES

Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
clavándose en mi cuerpo,
en mis alas sin plumas,
en lo que nadie ve,
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel de las canteras sin auroras,
de los pozos sin agua,
de las simas sin sueño,
ya carbón del espíritu,
sol, luna.

Me duelen los cabellos
y las ansias. ¡Oh, quémame!
¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quémame!

¡Quémalo, ángel de luz, custodio mío,
tú que andabas llorando por las nubes,
tú, sin mí, tú, por mí,
ángel frío de polvo, ya sin gloria,
volcado en las tinieblas!

¡Quémalo, ángel de luz,
quémame y huye!

EL ÁNGEL DEL MISTERIO

Un sueño sin faroles y una humedad de olvidos,
pisados, por un nombre y una sombra.
No sé si por un nombre o muchos nombres,
si por una sombra o muchas sombras.
Reveládmelo.

Sé que habitan los pozos frías voces,
que son de un solo cuerpo o muchos cuerpos,
de un alma sola o muchas almas.
No sé.
Decídmelo.

Que un caballo sin nadie va estampando
a su amazona antigua por los muros.
Que en las almenas grita, muerto, alguien
que yo toqué, dormido, en un espejo,
que yo, mudo, le dije . . .
No sé.
Explicádmelo.

EL ALMA EN PENA

Esa alma en pena, sola,
esa alma en pena siempre perseguida
por un resplandor muerto.
Por un muerto.

Cerrojos, llaves, puertas
saltan a deshora
y cortinas heladas en la noche se alargan,
se estiran,
se incendian,
se prolongan.

Te conozco,
te recuerdo,
bujía inerte, lívido halo, nimbo difunto,
te conozco aunque ataques diluído en el viento.

Párpados desvelados
vienen a tierra.
Sísmicos latigazos tumban sueños,
terremotos derriban las estrellas.
Catástrofes celestes tiran al mundo escombros,
alas rotas, laúdes, cuerdas de arpas,
restos de ángeles.

No hay entrada en el cielo para nadie.

En pena, siempre en pena,
alma perseguida.
A contraluz siempre,
nunca alcanzada, sola,
alma sola.

Aves contra barcos,
hombres contra rosas,
las perdidas batallas en los trigos,
y la explosión de la sangre en las olas.
Y el fuego.
El fuego muerto,
el resplandor sin vida,
siempre vigilante en la sombra.

Alma en pena:
el resplandor sin vida,
tu derrota.

TRES RECUERDOS DEL CIELO

Homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer.

PRÓLOGO

No habían cumplido años ni la rosa ni el arcángel.
Todo, anterior al balido y al llanto.
Cuando la luz ignoraba todavía
si el mar nacería niño o niña.
Cuando el viento soñaba melenas que peinar
y claveles el fuego que encender y mejillas
y el agua unos labios parados donde beber.
Todo, anterior al cuerpo, al nombre y al tiempo.

Entonces, yo recuerdo que, una vez, en el cielo . . .

PRIMER RECUERDO

. . . una azucena tronchada . . .
G. A. BÉCQUER.

Paseaba con un dejo de azucena que piensa,
casi de pájaro que sabe ha de nacer.
Mirándose sin verse a una luna que le hacía espejo
el sueño
y a un silencio de nieve, que le elevaba los pies.
A un silencio asomada.
Era anterior al arpa, a la lluvia y a las palabras.
No sabía.
Blanca alumna del aire,
temblaba con las estrellas, con la flor y los árboles.
Su tallo, su verde talle.
Con las estrellas mías
que, ignorantes de todo,
por cavar dos lagunas en los ojos
la ahogaron en dos mares.

Y recuerdo . . .

Nada más: muerta alejarse.

SEGUNDO RECUERDO

. . . rumor de besos y batir de alas . . .
G. A. BÉCQUER.

También antes,
mucho antes de la rebelión de las sombras,
de que al mundo cayeran plumas incendiadas
y un pájaro pudiera ser muerto por un lirio.
Antes, antes que tú me preguntaras
el número y el sitio de mi cuerpo.
Mucho antes del cuerpo.
En la época del alma.
Cuando tú abriste en la frente sin corona, del cielo,
la primera dinastía del sueño.
Cuando tú, al mirarme en la nada,
inventaste la primera palabra.

Entonces, nuestro encuentro.

TERCER RECUERDO

. . . detrás del abanico
de plumas de oro . . .
G. A. BÉCQUER.

Aún los valses del cielo no habían desposado al jazmín y la nieve,
ni los aires pensados en la posible música de tus cabellos,

ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro.
No.
Era la era en que la golondrina viajaba
sin nuestras iniciales en el pico.
En que las campanillas y las enredaderas
morían sin balcones que escalar y estrellas.
La era en
que al hombro de un ave no había flor que apoyara la cabeza.

Entonces, detrás de tu abanico, nuestra luna primera.

RETORNOS DE LO VIVO LEJANO (1948-1956)

RETORNOS DEL AMOR EN UN PALCO DE TEATRO

Fuera en la sala, música y luces,
fingido amor, amor que se da en hielo,
en letra muerta, aunque aparentemente
cante sangrando el corazón la vida.

Apagado, llegaba entre cortinas,
oros falsos y rojos terciopelos, el grito
del héroe agonizante a la secreta sombra
del antepalco en donde
el amor verdadero, sin palabras,
sin preparados gestos, sucedía.

Eran dulces las manos y los ojos
adivinados, la tibieza umbrosa
de la piel, las rizadas
oscuridades y el silencio lánguido
en la amorosa escena
que los dos, sin aplausos, ofrecíamos
tan sólo al goce de un espejo mudo.

¡Ah, gracia de los años, maravilla
de ofrecerle al amor cualquier penumbra,
la de un coche, una esquina solitaria
o la de un palco de teatro mientras
puede, sin verla, hasta pasar la muerte!

RETORNOS DEL AMOR EN LOS BALCONES

Ha llegado ese tiempo en que los años,
las horas, los minutos, los segundos vividos
se perfilan en ti, se llenan de nosotros,
y se hace urgente, se hace necesario,
para no verlos irse con la muerte,
fijar en ellos nuestras más dichosas,
sucesivas imágenes.

¿Dónde estás hoy, en dónde te contemplo,
en qué roca, en qué mar, bajo qué bosque,
o en qué penumbra de estivales sábanas
o en qué calientes, nórdicas alcobas?

Ha pasado la siesta dulce de los azules
que la ancha isla nos tendió en el sueño.
Venus casi dormida aún, te asomas
al íntimo refugio de los barcos
y toda tú ya cantas como un puerto
amoroso de velas y de mástiles.

Tus cabellos tendidos vuelan de los balcones
a enredarse en la trama delgada de las redes,
a poner banderines en los palos más altos
y un concierto de amor en los marinos aires.

Luego, cuando al poniente retornan silenciosos,
blancos de sales y alas de gaviotas.
pongo en tu corazón desnudo mis oídos
y escucho el mar y aspiro el mar que fluye
de ti y me embarco hacia la abierta noche.

RETORNOS DEL AMOR EN UNA AZOTEA

Poblado estoy de muchas azoteas.
Sobre la mar se tienden las más blancas,
dispuestas a zarpar al sol, llevando
como velas las sábanas tendidas.
Otras dan a los campos, pero hay una
que sólo da al amor, cara a los montes.
Y es la que siempre vuelve.

Allí el amor peinaba sus geranios,
conducía las rosas y jazmines
por las barandas y en la ardiente noche
se deshacía en una fresca lluvia.

Lejos, las cumbres, soportando el peso
de las grandes estrellas, lo velaban.
¿Cuándo el amor vivió más venturoso
ni cuándo entre las flores
recién regadas fuera
con más alma en la sangre poseído?

Subía el silbo de los trenes. Tiemblos
de farolillos de verbena y músicas
de los kioskos y encendidos árboles
remontaban y súbitos diluvios
de cometas veloces que vertían
en sus ojos fugaces resplandores.

Fue la más bella edad del corazón. Retorna
hoy tan distante en que la estoy soñando
sobre este viejo tronco, en un camino
que no me lleva ya a ninguna parte.

RETORNOS DE UN POETA ASESINADO

Has vuelto a mí más viejo y triste en la dormida
luz de un sueño tranquilo de marzo, polvorientas
de un gris inesperado las sienes, y aquel bronce
de olivo que tu mágica juventud sostenía,
surcado por el signo de los años, lo mismo
que si la vida aquella que en vida no tuviste
la hubieras paso a paso ya vivido en la muerte.

Yo no sé qué has querido decirme en esta noche
con tu desprevenida visita, el fino traje

de alpaca luminosa, como recién cortado,
la corbata amarilla y el sufrido cabello
al aire, igual que entonces
por aquellos jardines de estudiantiles chopos
y calientes adelfas.

Tal vez hayas pensado —quiero explicarme ahora
ya en las claras afueras del sueño— que debías
llegar primero a mí desde esas subterráneas
raíces o escondidos manantiales en donde
desesperadamente penan tus huesos
Dime
confiésame, confiésame
si en el abrazo mudo que me has dado, en el tierno
ademán de ofrecerme una silla, en la simple
manera de sentarte junto a mí, de mirarme,
sonreír y en silencio, sin ninguna palabra,
dime si no has querido significar con eso
que, a pesar de las mínimas batallas que reñimos,
sigues unido a mí más que nunca en la muerte
por las veces que acaso
no lo estuvimos —¡ay, perdóname!— en la vida.

Si no es así, retorna nuevamente en el sueño
de otra noche a decírmelo.

BALADAS Y CANCIONES DEL PARANÁ (1953-1954)

BALADA DE LO QUE EL VIENTO DIJO

La eternidad bien pudiera
ser un río solamente,
ser un caballo olvidado
y el zureo
de una paloma perdida.

En cuanto el hombre se aleja
de los hombres, viene el viento
que ya le dice otras cosas,
abriéndole los oídos
y los ojos a otras cosas.

Hoy me alejé de los hombres,
y solo, en esta barranca,
me puse a mirar el río
y vi tan sólo un caballo
y escuché tan solamente
el zureo
de una paloma perdida.

Y el viento se acercó entonces,
como quien va de pasada,
y me dijo:
La eternidad bien pudiera
ser un río solamente,
ser un caballo olvidado
y el zureo
de una paloma perdida.

AQUÍ SI YO HUBIERA SIDO CABALLO

Aquí sí yo hubiera sido
caballo, sólo caballo
junto al río.

Es tanta la soledad
del hombre y tan grande el río,
que aquí sí yo hubiera sido
caballo, sólo caballo
junto al río.

Ser como piedra encendida
del viento y pacer dormido
sobre el bañado del río,
junto al río.

De pronto, un relincho largo
y un galopar infinito,
para seguir siendo piedra
del viento y pacer dormido
al otro lado del río,
junto al río.

BALADA DEL ANDALUZ PERDIDO

Perdido está el andaluz
del otro lado del río.

—Río, tú que lo conoces:
¿quién es y por qué se vino?

Vería los olivares
cerca tal vez del río.

—Río, tú que lo conoces:
¿qué hace siempre junto al río?

Vería el odio, la guerra
cerca tal vez de otro río.

—Río, tú que lo conoces:
¿qué haces solo junto al río?

Veo su rancho de adobe
del otro lado del río.

No veo los olivares
del otro lado del río.

Sólo caballos, caballos,
caballos, solos, perdidos.

¡Soledad de un andaluz
del otro lado del río!

¿Qué hará solo ese andaluz
del otro lado del río?

CREEMOS EL HOMBRE NUEVO

Creemos el hombre nuevo,
cantando.
El hombre nuevo de España,
cantando.

El hombre nuevo del mundo,
cantando.

Canto esta noche de estrellas
en que estoy solo, desterrado.

Pero en la tierra no hay nadie
que esté solo si está cantando.

Al árbol lo acompañan las hojas,
y si está seco, ya no es árbol.

Al pájaro, el viento, las nubes,
y si está mudo ya no es pájaro.

Al mar lo acompañan las olas
y su canto alegre los barcos.

Al fuego, la llama, las chispas
y hasta las sombras cuando es alto.

Nada hay solitario en la tierra.
Creemos al hombre nuevo cantando.

A LA PINTURA

(POEMAS DEL COLOR Y LA LÍNEA) (1945-1952)

A Picasso.

GOYA

La dulzura, el estupro,
la risa, la violencia,
la sonrisa, la sangre,
el cadalso, la feria.
Hay un diablo demente persiguiendo
a cuchillo la luz y las tinieblas.

De ti me guardo un ojo en el incendio.
A ti te dentelleo la cabeza.
Te hago crujir los húmeros. Te sorbo
el caracol que te hurga en una oreja.
A ti te entierro solamente
en el barro las piernas.
Una pierna.
Otra pierna.
Golpea.

¡Huir!
Pero quedarse para ver,
para morirse sin morir.

¡Oh luz de enfermería!
Ruedo tuerto de la alegría.
Aspavientos de la agonía.
Cuando todo se cae
y en adefesio España se desvae
y una escoba se aleja.

Volar.
El demonio, senos de vieja.

Y el torero,
Pedro Romero.
Y en desangrado en amarillo,
Pepe-Hillo.
Y el anverso
de la duquesa con reverso.
Y la Borbón esperpenticia
con su Borbón espertenticio.
Y la pericia
de la mano del Santo Oficio.
Y el escarmiento
del más espantajado
fusilamiento.
Y el repolludo
cardenal narigado,
narigudo.
Y la puesta de sol en la Pradera.
Y el embozado
con su chistera.
Y la gracia de la desgracia.
Y la desgracia de la gracia.
Y la poesía
de la pintura clara
y la sombría.
Y el mascarón
que se dispara
para
bailar en la procesión.

El mascarón, la muerte,
la Corte, la carencia,
el vómito, la ronda,
la hartura, el hambre negra,
el cornalón, el sueño,
la paz, la guerra.

¿De dónde vienes tú, gayumbo extraño, animal fino,
corniveleto,
rojo y zaíno?
¿De dónde vienes, funeral,
feto,
irreal
disparate real,
boceto,
alto
cobalto,
nube rosa,
arboleda,
seda umbrosa,
jubilosa seda?

Duendecitos, Soplones.
Despacha, que despiertan.
El sí pronuncian y la mano alargan
al primero que llega.
Ya es hora.

¡Gaudeamus!
Buen viaje.
Sueño de la mentira.
Y un entierro

que verdaderamente amedrenta al paisaje.
Pintor.
En tu inmortalidad llore la Gracia
y sonría el Horror.

CARA II EL POETA EN LA CALLE (1931-1936)
Duración:
23' 51"

UN FANTASMA RECORRE EUROPA . . .
CARLOS MARX

. . . y las viejas familias cierran las ventanas,
afianzan las puertas,
y el padre corre a oscuras a los Bancos
y el pulso se le para en la Bolsa,
y sueña por la noche con hogueras,
con ganados ardiendo,
que en vez de trigo tiene llamas,
en vez de granos, chispas,
cajas
cajas de hierro llenas de pavesas.
¿Dónde estás?
¿Dónde estás?
Nos persiguen a tiros.
¡Oh!
Los campesinos pasan pisando nuestra sangre.
¿Qué es esto?
Cerremos,
cerremos pronto las fronteras.
Vedlo avanzar de prisa en el viento del Este,
de las estepas rojas del hambre.
Que su voz no la oigan los obreros,
que su silbido no penetre en las fábricas,
que no divisen su hoz alzada los hombres de los campos.
¡Detenedle!
Porque salta los mares
recorriendo toda la geografía,
porque se esconde en las bodegas de los barcos
y habla a los fogoneros
y los saca tiznados a cubierta,
y hace que el odio, la miseria se subleven
y que se levanten las tripulaciones.
¡Cerrad,
cerrad las cárceles!
Su voz se estrellará contra los muros.
¿Qué es esto?
Pero nosotros lo seguimos,
lo hacemos descender del viento Este que lo trae,
le preguntamos por las estepas rojas de la paz y del triunfo,
lo sentamos a la mesa del campesino pobre,
presentándolo al dueño de la fábrica,
haciéndolo presidir las huelgas y manifestaciones,
hablar con los soldados y los marineros
ver en las oficinas a los pequeños empleados
y alzar el puño a gritos en los Parlamentos del oro y de la sangre.
Un fantasma recorre Europa,
el mundo.
Nosotros le llamamos camarada.

13 BANDAS Y 48 ESTRELLAS

(POEMAS DEL MAR CARIBE)

(1935)

A Juan Marinello

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
RUBÉN DARÍO.

NEW YORK

(WALL STREET EN LA NIEBLA, DESDE EL "BREMEN")

Alguien se despertaba pensando que la niebla
ponía un especial cuidado en ocultar el crimen
De allí,
de allí salía:
un enloquecedor vaho de petróleo,
de alejados y vastos yacimientos convertidos en cifras,
hacinados por orden en los cofres secretos,
en las lentas, profundas, inconmovibles cajas,
más profundas que pozos aún inexplorados,
puestos allí estos cofres,
puestas allí estas cajas por anónimos,
invisibles, oscuros, explotados,
desamparados hombres macilentos.
Yo era el que despertaba comprendiendo,
sabiendo lo que era aquel amanecer de rascacielos
igual que verticales expresos de la niebla,
era yo quien oía, quien veía, despertándome.
De allí,
de allí salían:
un crujido de huesos sin reposo, húmedos, calcinados,
entre la extracción triste de metales,
una seca protesta de cañas dulces derrumbándose,
de café y de tabaco deshaciéndose,
y todo envuelto siempre en un tremendo vaho de petróleo,
en un abrasador contagio de petróleo
en una inabarcable marea de petróleo.
Era yo quien entraba ya despierto, asomado a la niebla,
viendo cómo aquel crimen disfrazado de piedras con ventanas,
se agrandaba, ensanchándose,
perdiéndose la idea de su altura,
viéndole intervenir hasta en las nubes.
Y era yo quien veía, quien oía, ya despierto.
De allí,
de allí salía mojada de aire sucio y brumas carboneras:
la voz de la propuesta de robos calculados,
velada por ruidos de motores zarpando hacia las islas,
levantándose armados hacia el cielo de otros.
Salía esta voz fruncida a los insultos de hombres mercenarios
con fusiles,
impidiendo lo largo de los muelles,
las planicies minadas de palmeras,
los bosques de brazos y cabellos cortados a machete.
Lastimándose, oyéndose,
cayendo a mares desde los rascacielos diluidos,
salían Nicaragua,
Santo Domingo,
Haití,
revueltos en la sangre intervenida de sus costas,
secundando el clamor de las Islas Vírgenes compradas,

el estertor de Cuba,
la cólera de México,
Panamá,
Guatemala,
Costa Rica,
Colombia,
Puerto Rico,
Bolivia,
Venezuela . . .
Y todo envuelto siempre en un tremendo vaho de petróleo,
en un abrasador contagio de petróleo,
en una inabarcable marea de petróleo.
Y era yo entre la niebla quien oía, quien veía mucho más y
todo esto.

Nueva York, Wall Street, Banco de sangre,
áureo pulmón comido de gangrena,
araña de tentáculos que hilan
fríamente la muerte de otros pueblos.
De tus cajas, remontan disfrazados
embajadores de la paz y el robo:
Daniels, Caffery, etc., revólveres
confidentes y a sueldo de tus *gangsters*.
La Libertad, ¡tu Libertad!, a oscuras
su lumbre antigua, su primer prestigio,
prostituida, mercenaria inútil,
baja a vender su sombra por los puertos.
Tu diplomacia del horror quisiera
la intervención armada hasta en los astros;
zonas de sangre, donde sólo ahora
ruedan minas celestes, lluvias vírgenes.
Mas aún por América arde el pulso
de agónicas naciones que me gritan
con mi mismo lenguaje entre la niebla,
tramando tu mortal sacudimiento.
Así un día tus trece horizontales
y tus cuarenta y ocho estrellas blancas
verán desvanecerse en una justa,
libertadora llama de petróleo.

MÉXICO

EL INDIO

1

Todavía más fino, aún más fino, más fino,
casi desvaneciéndose de pura trasparencia,
de pura delgadez como el aire del Valle.

Es como el aire.

De pronto, suena a hojas,
suena a seco silencio, a terrible protesta de árboles,
de ramas que prevén los aguaceros.

Es como los aguaceros.

Se apaga como ojo de lagarto que sueña,
garra dulce de tigre que se volviera hoja,
lumbre débil de fósforo al abrirse una puerta.

Es como lumbre.

Lava antigua volcánica rodando,
color de hoyo con ramas que se queman,
tierra impasible al temblor de la tierra.

Es como tierra.

2

Como tierra de cactus y magueyes,
de órganos que edifican verdes templos
con bóvedas de aire, con techumbres
limpísimas de aire, sol y agua.

Los caminos se cansan, se desploman
de tanta hundida huella de guarache.
Kilómetros y leguas, derrotados,
abandonan las largas lejanías.

Se sabe, se comprueba que no eres
esa curva monótona y sin músculo
que por los anchos muros oficiales
cierto pintor ofrece a los turistas.

Contra el gringo que compra en tu retrato
tu parada belleza ya en escombros,
prepara tu fusil. No te resignes
a ser postal de un álbum sin objeto.

Que no eres sólo el tema de una estrofa,
ni el color complemento del paisaje,
ni ese perro furioso que se tumba,
dócil, después de herir, al pie del amo.

Eres México antiguo, horror de cumbres
que se asombran batidas por pirámides,
trueno oscuro de selvas observadas
por cien mil ojos lentos de serpientes.

Contra los gachupines que alambican
residuos coloniales por sus venas,
prepara tu fusil. Tú eres el indio
poblador de la sangre del criollo.

Si él y tú sois ya México, ninguno
duerma, trabaje, llore y se despierte
sin saber que una mano los ahoga,
dividiendo su tierra en dos mitades.

MADRID

CAPITAL DE LA GLORIA (1936-1938)

ROMANCE DE LA DEFENSA DE MADRID

Madrid, corazón de España,
late con pulsos de fiebre.
Si ayer la sangre le hervía,
hoy con más calor le hierve.
Ya nunca podrá dormirse,
porque si Madrid se duerme,

querrá despertarse un día
y el alba no vendrá a verle.
No olvides, Madrid, la guerra;
jamás olvides que enfrente
los ojos del enemigo
te echan miradas de muerte.
Rondan por tu cielo halcones
que precipitarse quieren
sobre tus rojos tejados,
tus calles, tu brava gente.
Madrid: que nunca se diga,
nunca se publique o piense
que en el corazón de España
la sangre se volvió nieve.
Fuentes de valor y hombría
las guardas tú donde siempre.
Atroces ríos de asombro
han de correr de esas fuentes.
Que cada barrio a esa hora,
si esa mala hora viniere
—hora que no vendrá—, sea
más que la plaza más fuerte.
Los hombres, como castillos;
igual que almenas sus frentes,
grandes murallas sus brazos,
puertas que nadie penetre.
Quien al corazón de España
quiera asomarse, que llegue.
¡Pronto! Madrid está cerca.
Madrid sabe defenderse
con uñas, con pies, con codos,
con empujones, con dientes,
panza arriba, arisco, recto,
duro, al pie del agua verde
del Tajo, en Navalperal,
en Singüenza, en donde suenen
balas y balas que busquen
helar su sangre caliente.
Madrid, corazón de España,
que es de tierra, dentro tienes,
si se le escarba, un gran hoyo,
profundo, grande, impotente,
como un barranco que aguarda . . .
Sólo en él cabe la muerte.

A LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Venís desde muy lejos . . . Mas esta lejanía,
¿qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?
La necesaria muerte os nombra cada día,
no importa en qué ciudades, campos o carreteras.

De este país, del otro, del grande, del pequeño,
del que apenas si al mapa da un color desvaído,
con las mismas raíces que tiene un mismo sueño,
sencillamente anónimos y hablando habéis venido.

No conocéis siquiera el color de los muros
que vuestro infranqueable compromiso amuralla.
La tierra que os entierra la defendéis, seguros,
a tiros con la muerte vestida de batalla.

Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,
las mínimas partículas de la luz que reanima
un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!
Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.

GALOPE

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan
las tierras de España en las herraduras.
Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que en frente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

VIDA BILINGÜE DE UN REFUGIADO ESPAÑOL EN FRANCIA (1939-1940)

1

Me despierto.
París.
¿Es que vivo,
es que he muerto?
¿Es que definitivamente he muerto?
Mais non . . .
C'est la police.

Mais oui, monsieur.
—Mais non . . .
(Es la Francia de Daladier,
la de monsieur Bonnet,
la que recibe a Lequerica,
la Francia de la Liberté.)

¡Qué dolor, qué dolor allá lejos!
Yo tenía un fusil, yo tenía
por gloria un batallón de infantería,
por casa una trinchera.
Yo fuí, yo fuí, yo era

al principio del Quinto Regimiento.
Pensaba en ti, Lolita,
mirando los tejados de Madrid.
pero ahora . . .
Este viento,
esta arena en los ojos,
esta arena . . .
(Argelés! Saint-Cyprien!)
Pensaba en ti, morena,
y con agua del río te escribía:
"Lola, Lolita mía."

¿Qué, qué, qué? La sirena.
Jueves. La aviación.
Pero, ¡cómo! —Mais oui.
—Mais non, monsieur, mais non.
(Toujours!) C'est la police.
—Avez-vous votre récépissé?
(Es la Francia de Daladier,
de Leon Blum y de Bonnet,
la que aplaude a Franco en el cine,
la Francia des Actualités.)

¡Qué terror, qué terror, allá lejos!
La sangre quita el sueño,
hasta a la mar la sangre quita el sueño.
Nada puede dormir.
Nadie puede dormir.
. . . Y el miércoles del Havre sale un barco,
y éste triste *allá lejos* se quedará más lejos.

—Yo a Chile,
yo a la URSS,
yo a Colombia,
yo a México,
yo a México con J. Bergamín.

¿Es que llegamos al final del fin
o que algo nuevo comienza?

—Un café crème, garçon.
Avez-vous "Ce Soir"?
Es la vida de la emigración
y un gran trabajo cultural.

Minuit.
Porte de Charenton o Porte de la Chapelle.
Un hotel.
París.
Cerrar los ojos y . . .
Qui est-ce?
C'est la police.

PIS.
SIGO ESTANDO EN PARÍS

Pis.
Sigo estando en París.

El perro se hace pis,
los perros se hacen pis,
todos los perros se hacen pis.

Sobre sus dos zapatos, caballero.
Sobre sus finas medias, madame.
Pipiadero.
Pis a la puerta del Printemps,
pis al pie de la estatua de Danton,
pis sobre la Revolución
y los Derechos del Hombre.
Pis reaccionario,
pis burgués,
pis de pacto de Munich,
muniqués.
El Sena —¡por Dios!—, pis,
y pis la Tour Eiffel.

Señora:
¿ha dado usted a luz un perro?

Pis
¿Se salvará París?

BALADA DEL QUE NUNCA FUE A GRANADA

¡Qué lejos por mares, campos y montañas!
Ya otros soles miran mi cabeza cana.
Nunca fuí a Granada.

Mi cabeza cana, los años perdidos.
Quiero hallar los viejos, borrados caminos.
Nunca ví Granada.

Dadle un ramo verde de luz a mi mano.
Una rienda corta y un galope largo.
Nunca entré en Granada.

¿Qué gente enemiga puebla sus adarves?
¿Quién los claros ecos libres de sus aires?
Nunca fuí a Granada.

¿Quién hoy sus jardines aprisiona y pone
cadenas al habla de sus surtidores?
Nunca vi Granada.

Venid los que nunca fuisteis a Granada,
hay sangre caída, sangre que me llama.
Nunca entré en Granada.

Hay sangre caída del mejor hermano.
Sangre por los mirtos y aguas de los patios.
Nunca fuí a Granada.

Del mejor amigo, por los arrayanes.
Sangre por el Darro, por el Genil sangre.
Nunca vi Granada.

Si altas son las torres, el valor es alto.
Venid por las montañas, por mares y campos.
Entraré en Granada.

ESE GENERAL

—AQUÍ ESTÁ EL GENERAL.
¿Qué quiere el general?
—Ya no existen espadas, general.
¿Qué quiere el general?
—Un caballo desea el general.
—Ya no existen caballos, general.
¿Qué quiere el general?
—Otra batalla quiere el general.
—Ya no existen batallas, general.
¿Qué quiere el general?
—Una amante desea el general.
—Ya no existen amantes, general.
¿Qué quiere el general?
—Un gran tonel de vino desea el general.
—Ya no hay tonel ni vino, general.
¿Qué quiere el general?
—Un buen trozo de carne desea el general.
—Ya no existen ganados, general.
¿Qué quiere el general?
—Comer yerbas desea el general.
—Ya no existen los pastos, general.
¿Qué quiere el general?
—Beber agua desea el general.
—Ya no existe más agua, general.
¿Qué quiere el general?
—Dormir en una cama desea el general.
—Ya no hay cama ni sueño, general.
¿Qué quiere el general?
—Perderse por la tierra desea el general.
—Ya no existe la tierra, general.
¿Qué quiere el general?
—Morirse como un perro desea el general.
—Ya no existen los perros, general.
¿Qué quiere el general?
¿Qué quiere el general?
Parece que está mudo el general.
Parece que no existe el general.
Parece que se ha muerto el general,
que ya, ni como un perro, se ha muerto el general,
que el mundo destruido, ya sin el general,
va a empezar nuevamente, sin ese general.

LA IMPREVISIÓN

—LO QUE LE DIGO: EL PUEBLO
aún no está preparado.
¡Esa gente, esa gente!
¡Ay, esa pobre gente!
Le falta educación.
Aún no está preparada.
Mire allá: un albañil.
Es lo que yo le digo:
le falta educación.
Aún no está preparado.
Mire acá: un campesino.
Le falta educación.
Aún no está preparado.
Mire allí: un carpintero...
un obrero cualquiera...
Da igual... Lo que le digo:
le falta educación.
Aún no está preparado.
¡Son tantísimos, ay,
con la misma desgracia!
Podrían educarse.
Podrían prepararse.
¿Pero cómo educarlos,
si no están preparados?
No vendrán, no se apure.
Puede dormir tranquilo,
pues no están preparados.
Les falta... Ya lo sabe...
lo que le digo... Pero...
Mire, mire, allí vienen.
¿A dónde irán? Son muchos...
con la misma desgracia...
Se acercan... ¡Pobres gentes!
Me conocen... me estiman...
Puedo hablarles... ¡Señores!
Se acercan más... ¡Amigos!
Más, más, más... ¡Camaradas!
¿Qué dice usted? ¿Yo miedo?
¿Miedo yo? ¿Por qué miedo?
Les falta educación...
¿Cómo? ¿Que estoy temblando?
¡Atrás, atrás! ¡Socorro!
Aún no estoy preparado.
Yo tengo educación...
¡Ya estoy muerto! ¡Dios mío!
¡No estaba preparado!

DESPRECIO Y MARAVILLA NO HAN PASADO LOS AÑOS (ESPAÑA 1936-19..)

España —¡arriba España!—
sigue siendo mi espejo:
treinta años de paz;
en él siempre me miro.
Me encuentro cada día
más joven, más dichoso.
No tengo edad, como los muertos.
¿Quieres decir que tienes
la misma edad que cuando nos mataste?
Eres un cementerio.
Por la gracia de Dios, estoy en gracia.
Valle de los caídos.
Muertos, muertos y muertos.
Archivador de muertos.
Coleccionista de muertos.
Museo de muertos.
No me remuerde nada la conciencia.
Muertos.
Un tremendo vacío.

Un hoyo. Un hervidero
de sangre fusilada.
Aunque no he de morir,
el cielo me he ganado.
Muertos.
Sol y turistas y alegría y rey.
Vive España por mí,
miradla, este es mi reino.
Muertos.
Por la gracia de Dios gobierno España.
Soy mi mismo heredero.
Españoles: yo os traje la victoria.
Muertos.
Estamos sin enterrar,
nos pisas todos los días;
en el barro de tus botas
se pegan todos tus muertos.
Crujimos bajo tus plantas
vivos, aunque vivos muertos.
En verdad, somos tu espejo.
Soy el Mesías que esperaba España.
He aquí mi paz, los años prometidos.
Paz de los muertos.
Treinta años de paz.
Paz de los muertos
heridos, perdidos,
helados, quemados,
llorados, hundidos,
tundidos, vejados.
Muertos.
Treinta años de paz.
Paz de los muertos.
En verdad, esta España —¡arriba, España!—
sigue siendo mi espejo:
muertos, muertos, muertos.
Pero los muertos, los muertos, los muertos
levantan, levantan, levantan la mano los muertos.

A ERNESTO "CHE" GUEVARA

Te conocí de niño
allá en el campo aquel
de Córdoba, Argentina,
jugando entre los álamos
y los maizales,
las vacas de las viejas quintas,
los peones . . .
No te vi más,
hasta que supe un día
que eras la luz ensangrentada;
el norte, esa estrella
que hay que mirar a cada instante
para saber en donde nos hallamos.

CON CHILE EN EL CORAZÓN
A PABLO NERUDA

No dormiréis, malditos de la espada,
cuervos nocturnos de sangrientas uñas,
tristes cobardes de las sombras tristes,
violadores de muertos,
no dormiréis.
Su noble canto, su pasión abierta,
su estatura más alta que las cumbres,
al unísono libre de su pueblo,
os ahogarán un día.
No dormiréis.
Venid a ver su casa asesinada,
la miseria fecal de vuestro odio,
su inmenso corazón pisoteado,
su mano pura herida.
No dormiréis.
No dormiréis porque ninguno duerme,
no dormiréis porque su luz os ciega,
no dormiréis porque la muerte es sólo vuestra victoria,
no dormiréis jamás porque estáis muertos.

IMPRESO EN MÉXICO IMPRENTA MADERO, S. A.